

## Hacia una cultura de la paz

Federico Mayor  
Para LA NACION

Jueves 22 de octubre de 2009 | **Publicado en edición impresa**

BARCELONA.- Ha llegado el momento. La cultura de guerra, la economía de guerra, el dominio hegemónico de los "globalizadores" ha fracasado estrepitosamente, y a qué precio de sufrimientos, hambre, pobreza extrema, desgarros sociales? Es preciso un nuevo comienzo, en coincidencia con el nuevo siglo y milenio.

Desde siempre han predominado la fuerza y la imposición, la violencia y la confrontación bélica, hasta tal punto de que la historia parece reducirse a una sucesión inacabable de batallas y conflictos en los que la paz es una pausa, el intermedio. Y así un siglo y otro siglo, con fugaces intentos de emancipación.

Educada para el ejercicio de la fuerza, acostumbrada a acatar la ley del más poderoso, más entrenada en el uso del músculo que en el de la mente, la humanidad se ha visto arrastrada a las más sangrientas confrontaciones.

En lugar de fraternidad, enemistad. El prójimo, próximo o distante, no ha aparecido como un hermano con el que compartimos un destino común, sino como el adversario, como el enemigo al que debemos aniquilar. Y así una cadena interminable de enfrentamientos, de ataques y represalias, de vencedores y vencidos, de rencores y animadversión, de violencia física y espiritual, jalona nuestro pasado.

Hay, por fortuna, una historia paralela invisible, cuyos eslabones han sido forjados día tras día por el desprendimiento, la generosidad y la creatividad que son distintivas de la especie humana. Es una densa urdimbre, incomparable y no transitoria, porque está hecha con el esfuerzo de muchas vidas tenazmente dedicadas a construir, como quehacer cotidiano principal, los baluartes de la paz.

"No hay caminos para la paz; la paz es el camino", nos recordó Mahatma Gandhi. Un camino guiado por principios y valores. Por la justicia, en primer lugar. La paz es, a la vez, condición y resultado, semilla y fruto. Es necesario identificar las causas de los conflictos para poder prevenirlos. Evitarlos es la mayor victoria.

La Unesco, organización del Sistema de las Naciones Unidas a la que se encomienda explícitamente la tarea de construir la paz mediante la educación, la ciencia, la cultura y la comunicación, recuerda en el preámbulo de su Constitución que son los "principios democráticos" de la justicia, libertad, igualdad y solidaridad, los que deben iluminar esta gran transición desde una cultura de violencia y guerra a una cultura de diálogo y conciliación. Fue en la Unesco donde se inició un gran programa, en la década de los 90: "Hacia una cultura de paz".

La Declaración y Programa de Acción sobre una Cultura de Paz, aprobada en septiembre de 1999, establece que la cultura de paz es un conjunto de valores, actitudes y comportamientos que reflejan el respeto a la vida, al ser humano y a su dignidad.

En el plan de acción se integran las medidas de índole educativa, de género, de desarrollo y de libertad de expresión que deben ponerse en práctica para la gran transición de la fuerza a la palabra: fomentar la educación para la paz, los derechos humanos y la democracia, la tolerancia y la comprensión mutua, nacional e internacional; luchar contra toda forma de discriminación, promover los principios y las prácticas democráticas en todos los ámbitos de la sociedad, combatir la pobreza, lograr un desarrollo endógeno y sostenible que beneficie a todos y que proporcione a cada persona un marco de vida digno y movilizar a la sociedad con el fin de forjar en los jóvenes el deseo ferviente de buscar nuevas formas de convivencia basadas en la conciliación, la generosidad y la tolerancia, así como el rechazo a toda forma de opresión y violencia, la justa distribución de la riqueza, el libre flujo informativo y los conocimientos compartidos.

En el Manifiesto 2000, Año Internacional para una Cultura de Paz, suscrito por más de ciento diez millones de personas de todo el mundo, se establece: "Es necesario el compromiso en mi vida cotidiana, en mi familia, en mi trabajo, en mi comunidad, en mi país, en mi región, para respetar todas las vidas, rechazar la violencia, liberar mi generosidad, escuchar para comprendernos, preservar el planeta y reinventar la solidaridad".

De esto se trata: de involucrarnos, de implicarnos personalmente en este proceso que puede conducir, en pocos años, a esclarecer los horizontes hoy tan sombríos y permitir la convivencia pacífica de todos los habitantes de nuestro planeta.

Son ya muchos los países, regiones y municipios que han incorporado la cultura de paz a sus constituciones o estatutos. Es muy importante que esta inclusión se vaya generalizando, pero es más importante todavía la conciencia popular de que ha llegado el momento de no aceptar más la imposición y la obediencia ciega al poder, porque los ciudadanos están dejando de ser súbditos, están dejando de ser espectadores para ser actores, están abandonando el silencio y el miedo para dejar de ser vasallos y convertirse en agentes de paz.

Hoy, la participación no presencial a través de la telefonía móvil, por el SMS, o por Internet permite articular un cambio radical en lo que constituye el fundamento de toda democracia: la consulta popular.

En estos diez años se han llevado a cabo muchas cosas. Pero la inercia de los intereses creados y la resistencia de los más prósperos a compartir mejor se oponen al advenimiento de la cultura de la paz, de la palabra, de la alianza, de la comprensión.

Pero pronto cederán. Ha llegado el momento.

**El autor fue director general de la Unesco. Preside la Fundación Cultura de Paz.**

[http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota\\_id=1189024](http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1189024)